

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 14- 16 AÑOS

TERCER PREMIO:

180

Enara Eza Arruti

Cuando era pequeña me sentaba junto a la ventana de la cocina. Me subía a la encimera de mármol, que estaba caliente por los rayos del sol, y me acomodaba entre todas las plantas para observar la marea de gente que caminaba por la calle Central. Eran muchas las personas que pasaban por allí, algunas iban con prisa y otras con lentitud, sin embargo, la mayoría iba mirando su móvil. Cuando le había preguntado a Abu qué era lo que miraban –ya que sus caras alargadas parecían no contener ningún tipo de emoción–, ella me había contestado: “Miran cómo se les pasa el tiempo frente a sus narices”. Yo no le había entendido, pues no concebía la idea de qué era eso del tiempo.

Aquel día no fue distinto. Casi por inercia recorrí el camino de alfombras que cubrían los suelos de la Cabaña, como Abu llamaba a su pequeño apartamento de mala muerte, y me coloqué entre Luna y Sol, dos cactus a los que había puesto dos ojos de plástico muy graciosos que daban vueltas. Para aquel entonces ya tenía diez años, que para mí eran los mejores años del mundo. Al contrario que mi amiga Teresa, que decía que quería crecer para maquillarse como su hermana Natalia, a mí me gustaba ser pequeña porque podía observar a los demás sin que ellos me dieran importancia, o al menos la que yo consideraba que tenía. Esa consecuencia de ser pequeña, que todos habían considerado negativa, yo la veía perfecta para escuchar todo lo que ellos decían y observarles desde las esquinas como una auténtica detective.

En los primeros diez minutos todo continuó igual. La gente pasaba por la calle centrada en sus cosas: “cosas de mayores”, una frase que llevaba incluida esta

otra frase: “cosas que tú no entenderías”. Siempre me daba rabia oírsele decir a mi padre pues, aunque era pequeña, comprendía las cosas.

Apoyé mi cabeza en las rodillas y allí la dejé reposar mientras mi mente divagaba por diferentes escenarios en los que yo vivía miles de aventuras. Pero un ruido hizo que mis pensamientos quedaran en segundo plano. Un hombre con traje negro y sombrero de copa me observaba fijamente allí parado en medio de la transitada calle. Nadie parecía verle pues, aunque iban con la vista fija en la pantalla de su móvil, le esquivaban como si ya supieran de antemano que allí se encontraba él.

No supe bien qué era lo que había hecho aquel ruido, pero intuí que estaba relacionado con el misterioso hombre que ahora se había acercado más hacia la ventana. Pensé en mi padre, que siempre decía que a los extraños no se les podía hablar y, sin embargo, a mí me entraron muchas ganas de preguntarle por qué no hacía como todos los demás y caminaba por la calle ajeno al mundo real, por qué me miraba a mí de forma tan directa y profunda. Me sentí ligeramente turbada, como si estuviéramos en una sintonía muy alejada de las demás.

Él se volvió a acercar, tanto que ya casi estaba a un paso de la ventana. Inconscientemente eché mi cuerpo hacia atrás con la mala fortuna que apoyé mi mano en uno de los cactus.

Maldición, Luna, ¡ahora no me la juegues! –dije por lo bajo mientras me apretaba la mano sin apartar la mirada de aquel hombre.

Cuando ya pensaba que nos quedaríamos así toda la tarde, quizá incluso la noche y la mañana siguiente, él hizo un movimiento lento. Su mano se dirigió con parsimonia hacia el sombrero negro de copa y se lo quitó, dejando a la vista su cabeza totalmente rapada. Me sorprendí, pues sus cejas eran espesas y de color negro. Con delicadeza se sacó también los guantes negros que cubrían sus manos y abrió el maletín negro dejando allí los guantes y el sombrero. Tras unos instantes sacó un pequeño colgante del que colgaba un reloj de aguja. Lo giró hacia mí mientras me volvía a observar con aquella mirada indescifrable; su rostro me pareció sombrío. Las tres menos diez de la tarde. Lo primero que pensé fue que pronto Abu me llamaría para comer, pues aunque ella nunca cocinaba porque decía que no quería causar un incendio, la vecina Rosa siempre nos traía lo que le sobraba a ella de la suya a cambio de

que Abu le hiciera las colchas de su cama. Eso decía Abu que era un buen negocio, esfuerzo bien invertido. Pero tras unos segundos mis pensamientos viajaron a otro tema, ¿por qué aquel hombre me enseñaba aquello? Me cansé de esperar, pues aunque yo era muy buena haciéndolo, notaba cómo la curiosidad se me estaba subiendo a la cabeza.

–Oye, ¿qué haces ahí? –dije sacando la cabeza por la ventana. Una señora con gafas de sol redondas y falda de tubo me miró como si estuviera loca y aceleró el paso.

–Esperar –contestó él.

–¿Y a qué esperas?

–A la hora indicada –volvió a responder él. Esta vez dio otro paso hacia mi ventana, ya estaba justo enfrente de mí.

¿A la hora indicada para qué?

No contestó. Su mirada volvió a viajar a aquel reloj de oro que había mantenido colgado de su mano. Yo también lo observé, pues este se había vuelto a girar hacia mí. Eran la tres menos dos minutos.

–Soy 180, guardián del tiempo, ahora tú vas a ser 180 y por lo tanto serás un guardián del tiempo –dijo mientras giraba ligeramente la cabeza hacia la derecha, como si mirara detrás de mí.

Yo también me giré para comprobar si Abu había entrado por alguna razón a la cocina, porque, aunque sabía que era prácticamente imposible que aquello ocurriera, había pensado que sería una buena excusa para pensar durante algunos segundos sus palabras.

–Tú guardas el tiempo –afirmé yo, y él asintió– ¿Y ahora me lo vas a dar a mí?

–Te voy a dar un trozo, no todo, pues es demasiado grande e importante como para que uno solo lo tenga.

–No sé si es buena idea, mi padre dice que desaprovecho el tiempo aquí sentada...

–Fíjate –contestó él mientras señalaba a su alrededor, a los hombres y mujeres de cara alargada, como les llamaba yo–. El tiempo es vida y ellos no saben vivir. Creo que le comprendí, aunque me costó asimilar aquello unos segundos. Justo entonces una mujer pasó apurada justo delante de 180 mientras gritaba algo al teléfono. Todos corrían de un lado para otro pero siempre llegaban tarde pues no sabían apreciar el tiempo.

–Y ¿dónde está? –volví a preguntar mientras mi vista viajaba por su cuerpo esperando encontrarme algo como un frasco en el que pusiera “tiempo”. Pero él no sacó nada y ni siquiera pareció interesado en mi pregunta.

180 alargó su mano dejando el reloj justo enfrente de mi cara. Yo no supe qué hacer, así que acabé cogiéndolo con las dos manos, pues si este contenía el tiempo no quería romperlo.

–Pero, señor, no sé si es buena idea que lo tenga yo, mi padre dice que rompo todo lo que toco... –le dije preocupada mientras observaba aquel reloj pequeño. Fue entonces cuando me di cuenta de que las agujas no giraban hacia la derecha, sino hacia la izquierda.

–El tiempo no se puede romper, Lucía –dijo este mientras volvía a colocarse el sombrero de copa y los guantes negros–. Esperamos que seas capaz de aprovecharlo.

No tuve ocasión de decir nada más pues este inclinó ligeramente la cabeza y pareció evaporarse como el humo. Me crucé de brazos aún con el reloj enterrado entre mis puños; odiaba quedarme con las preguntas en la boca.

Por aquel entonces no comprendí nada y tal vez ahora, diez años después, tampoco había llegado a comprender del todo aquello. Pero algo cambió ese día, ya que desde entonces el tiempo había pasado a formar parte de mí y ya no necesitaba un reloj para saber la hora y ni siquiera necesitaba dormir. Desde aquel día no había dejado de vivir intensamente, ni siquiera un segundo, pues sabía que solo había una dirección en la que caminar y no estaba dispuesta a quedarme atrás.